

LAS ÚLTIMAS *MEDIAS PÁGINAS* DE MEDARDO FRAILE

ANA L. BAQUERO ESCUDERO
Universidad de Murcia

La reciente muerte de Medardo Fraile ha supuesto, sin duda alguna, una pérdida irreparable en el panorama literario español del momento. Escritor con una prolífica producción –no en balde fue reconocido como uno de los grandes autores de la llamada Generación de Medio Siglo-, su nombre aparecerá ligado al género al que fue fiel a lo largo de toda su vida y en cuyo cultivo ostenta uno de los indiscutibles primeros puestos en la literatura española: el cuento. Su última obra publicada, *A media página* –editada por Huerga y Fierro (2012)-, refleja, no obstante, la singular maestría de Fraile en otro de los géneros asiduamente frecuentado también por él: el artículo periodístico. Se trata de una recopilación de artículos que aparecieron en *Cuadernos del Sur*, suplemento literario del diario *Córdoba*. En la *Introducción* –y en la obra de Medardo Fraile estos paratextos revisten especial interés- se refiere a la génesis de esta obra que, como bien precisa, resulta bastante común en la mayoría de los libros que ha ido publicando. Se trata de textos con entidad propia y autónoma que se ven, a posteriori, agrupados bajo el formato del libro. Una recopilación cuidadosamente planificada en tanto el lector no deja de percibir los continuos engarces y la coherente disposición de un material que, constituido por unidades independientes, adquiere en esta posterior reunión conjunta una nueva luz. De manera que de su suma se origina este peculiar *breviario* secular, como el propio autor lo cataloga, en el que se fusionan rasgos siempre persistentes en la obra del mismo como son la seriedad, la ironía y el humor.

Los artículos aparecen repartidos en cinco secciones: *Cartelera de España*, *Los españoles como problema*, *Confidencias inofensivas*, *Saldo de reflexiones* y *La obra y su gente*.

Nada más iniciar la lectura advertimos pronto esa cuidadosa organización de la materia que implica la agrupación de textos por engarces en común. Unas conexiones que atienden a muy diversas razones, pues pueden trazarse por la repetición de un mismo escenario –la Andalucía presente en “Orteguiana”, “Estampa” e “Impresionismo”-, o por una temática similar o, incluso, por la reutilización de una figura, como ese “amigo de las teorías” que reaparece en varios de los artículos agrupados

en una misma sección. No deja de ser, asimismo, significativa la colocación final, en la primera parte, del artículo “El tema”, sobre el problema de España que el autor traslada a los españoles, preludio claro de la parte segunda: *Los españoles como problema*.

Si, desde luego, la realidad española se convierte en motivo constante de reflexión del autor, no puede olvidarse la condición del mismo como profesor de una universidad escocesa pues será, precisamente, esa visión desde fuera una de las notas distintivas de su perspectiva. Su mirada impregnada de cosmopolitismo no deja de percibirse a lo largo de todo el libro, de forma que esa revisión crítica que caracteriza su obra ofrece la singular y enriquecedora oscilación que reúne la visión desde dentro y desde fuera. Especial relieve tienen, claro está, los artículos en los que Fraile incide en la visión de los británicos –a menudo defectuosa- sobre diferentes realidades españolas.

La variedad repartida a lo largo de estos artículos, de expresiva concentración –y Medardo Fraile fue un maestro en el arte de extraer los matices más intensos y eficaces a los textos breves-, es ciertamente amplia y ofrece un rico calidoscopio temático. Junto a artículos en los que el escritor reflexiona, por ejemplo, acerca de los usos del lenguaje –dedica, así, varios a comentar refranes o frases hechas, estableciendo, incluso, relaciones entre lenguas distintas-, hallamos otros de más compleja trascendencia, en los que el pasado histórico de España es sometido a revisión crítica.

De hecho el pasado contemplado a través de la visión personal del autor se convierte en uno de los ejes temáticos de la obra. Un tiempo que puede ser evocado desde muy diferentes perspectivas y que abarca desde cuestiones referentes a nuestra historia, hasta anécdotas de tipo personal. Precisamente en relación con lo que implica ese buceo interior de la memoria puede entenderse una buena parte de la obra literaria de Medardo Fraile. A este respecto constituye un significativo exponente esa obra de carácter autobiográfico que publicó hace unos años, *El cuento de siempre acabar*. Será, pues, la experiencia, de muy diversos matices, almacenada en el recuerdo lo que, como bien recoge en uno de estos artículos, se constituya en la materia prima de la que parta en autor en su creación literaria –“La materia con la que el escritor enriquece el banco de su memoria es el ser humano y su mundo” (147)-. Una memoria que, en otras ocasiones, será empleada también para evocar los testimonios de otros, de forma que encontramos algunos artículos en los que el autor traslada las voces de otros –“Villalón”, “Raquel”-. Singularmente llamativo es aquel que reproduce los fragmentos de una carta personal de su amigo Esteban Claussell (“Propuesta”) y que parece el núcleo generador de uno de sus propios artículos (“Delikatessen”). Por otra parte, la confrontación entre el *ayer* y el *hoy* se configura, asimismo, como otra de las fuentes en el origen de algunos de estos textos.

Sus reflexiones sobre los efectos de la televisión, del mundo virtual, o de la ya casi extinguida carta personal son buena muestra de ello.

La amplia cultura de Medardo Fraile se percibe, por lo demás, desde el principio hasta el final de la obra y va, desde luego, mucho más allá del ámbito estrictamente literario. Su interés por la Historia se manifiesta en muchos artículos así como su contacto con el mundo del cine o de la pintura –la referencia a la amistad con el murciano Hernández Carpe, por ejemplo, aparece reflejada en “Antiguallas”-. Y junto a ello la presencia de la literatura y todo lo que tiene que ver con ella ostenta un destacado relieve en muchos de los artículos. Si su relación con algunos críticos literarios –Baquero Goyanes, Brandenberger o Pilar Palomo- aparece recogida en algunos de estos textos, así como existen también referencias al mundo editorial, será especialmente su vinculación con los creadores aquella que alcance un más ostensible desarrollo. Son muchos, así, los escritores que aparecen a lo largo de estas páginas, objetos de los precisos y sagaces comentarios de Fraile. Unos autores que pertenecen tanto al pasado –y son muchos los momentos en que Chesterton es citado, por ejemplo, o es singularmente significativo, por su vinculación con el propio Fraile, el artículo dedicado a Mansfield-, como al presente. Especialmente interesantes resultan, en este sentido, las valoraciones y comentarios de Fraile sobre obras recientemente publicadas. En general, todas las especies literarias acaparan su interés, de manera que serán abundantes los artículos que dedica a poetas, a estrenos y obras teatrales, o a novelas. Serán, con todo, aquellos centrados en los autores de cuentos, los que, posiblemente, adquieran un lugar más prominente en la colección. Algunos de ellos, como Ángel Zapata, especialmente destacados por la estrecha relación que los unió promovida por su fascinación por el cuento. De hecho, y como otro texto más a añadir a los ya existentes, resulta de enorme interés el artículo de carácter metaliterario titulado “El cuento”, en el que Medardo Fraile sintetiza algunas de las claves fundamentales para entender su concepción de esta especie. Un género cuya sombra planea, en ocasiones, en algunos de estos textos pues, como bien estudiara la citada Palomo, la frontera de separación entre el artículo y el cuento en Medardo Fraile no siempre está clara.

En suma, estamos ante la última obra de quien ha sido uno de los grandes escritores de la literatura española del siglo pasado y del presente. Un autor cuyo personal talante y humanidad fascinó a quienes lo conocimos, tanto como sus creaciones literarias. Y si en uno de estos artículos arguyó que en general los escritores mueven a admiración, indiferencia o rechazo pero rara vez a verdadero afecto por sus personas, no es este, desde luego, mi caso respecto a él. Gran admiradora de sus cuentos, la percepción de una delicada sensibilidad en los mismos me llevó, sin conocer a su autor, a sentir un especial afecto hacia él. Un sentimiento que se intensificó cuando

llegué a tratarlo y que ratificó la imagen que, como lectora, había extraído de él de sus textos –una identidad, por desgracia, no siempre posible-. Es por ello por lo que quiero aprovechar ahora las palabras de uno de sus artículos y concluir diciendo: “Valgan estas líneas por una de mis lágrimas al conocer su muerte” (205). Aunque en este caso el numeral quede corto.